

dias) le viniéron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el Reyno de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuviéron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dixo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí gaudeamus tenemos. ¿Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la ginetá con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote, y casi no habian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeán-

dose los quatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fuéron á apearse la muger que en el sillón venia: y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento, donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dió un profundo suspiro, y dexó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba, el qual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros que gente sea esta, solo sé, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quien es? preguntó el Cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo

el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogáron y persuadiéron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creído, que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto: y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el mongío va triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la qual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion, se llegó

á ella, y le dixo: ¿que mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. Á todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, que dixo el mozo que los demas obedecian, y dixo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dixes, dixo á esta sazón la que hasta allí habia estado callando, ántes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mesmo quierro que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dixo: ¡válgame Dios! ¿que es

esto que oigo? ¿que voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pie, y fuése á entrar en el aposento, lo qual visto por el caballero, la detuvo sin dexarla mover un paso. Á ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por que las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en quantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo: y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimismo la tenia, era su esposo Don Fernando, y apenas le hubo conocido, quando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dexó caer

de espaldas desmayada : y á no hallarse allí junto el Barbero , que la recogió en los brazos , ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro , y así como la descubrió , la conoció Don Fernando , que era el que estaba abrazado con la otra , y quedó como muerto en verla , pero no porque dexase con todo esto de tener á Luscinda , que era la que procuraba soltarse de sus brazos , la qual habia conocido en el suspiro á Cardenio , y él la habia conocido á ella. Oyó asimesmo Cardenio el ay que dió Dorotea quando se cayó desmayada , y creyendo que era su Luscinda , salió del aposento despavorido , y lo primero que vió , fué á Don Fernando , que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio , y todos tres , Luscinda , Cardenio y Dorotea quedáron mudos y suspensos , casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos , y mirábanse todos , Dorotea á Don Fernando , Don Fernando á Cardenio , Cardenio á Luscinda , y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda , hablando á Don Fernando desta manera : dexadme , señor Don Fernando ,

por lo que debeis á ser quien sois , ya que por otro respeto no lo hagais , dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra , al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones , vuestras amenazas , vuestras promesas , ni vuestras dádivas : notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos , me ha puesto á mi verdadero esposo delante : y bien sabeis por mil costosas experiencias , que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria : sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia , la voluntad en despecho , y acabadme con él la vida , que como yo la rinda delante de mi buen esposo , la daré por bien empleada : quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí , y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dixo , por las quales vino en conocimiento de quien ella era , y viendo que Don Fernando aun no la dexaba de sus brazos , ni respondia á sus razones , esforzándose lo mas que pudo , se levantó , y se fué á hincar de rodillas á

sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir :

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsados tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad, ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo. Pero con todo esto no querría que cayese en tu imaginacion pensar, que he venido aquí con pasos de mi deshonor, habiéndome traído solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que

yo fuese tuya, y quisíste de manera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dexas la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Lus-cinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio: y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte á engaño: y si esto es así, como lo es, y tú eres tan christiano, como caballero; porque por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me heçiste (*f*) en los principios? Y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quíereme aloménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dexarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos

en mi deshonra : no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho : y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas, ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias : quanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo, es, que quieras, ó no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias (1) : testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias : y quando todo esto falte, tu mesma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te

(1) La nobleza que podia echar menos en Dorotea.

he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y quantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterreciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura : y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dexaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenian : el qual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dexando libre á Luscinda, dixo : venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dexó Don Fernando, iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de

Don Fernando se habia puesto, porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dixo: si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro, que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiva (g), aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea, que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de

querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dexaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia: ¿ que es lo que piensas hacer, unico refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á ti mesmo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas, que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo, que tiene contigo mas

fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender, como mejor pudiese, á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazón acudieron los amigos de Don Fernando, y el Cura y el Barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase, que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba: y que advirtiese, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura,

cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien, que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla, que pocas, ó ninguna se podian igualar, quanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese, que si se preciaba de caballero y de christiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse, é igualarse á qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta, é iguala á sí mesmo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dexó

vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera : y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abaxarse y abrazar á Dorotea, diciéndole : levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma : y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis : lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la mesma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta mesma me impelió para procurar no ser vuestro : y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros : y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo (h) rogaré al cielo, que me los dexé vivir con mi Dorotea : y diciendo esto, la tornó á abrazar, y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué ne-

cesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido : hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dixo que no lloraba él, sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la Reyna Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio, y Luscinda se fuéron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dixese como habia venido á aquel lugar tan léjos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes habia contado á Cardenio : de lo qual gustó tanto Don Fernando y los que con él venian, que

quisieran que durara el cuento mas tiempo : tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras : y así como hubo acabado , dixo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda , donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya : dixo que la quiso matar , y lo hiciera , si de sus padres no fuera impedido , y que así se salió de su casa despechado y corrido , con determinacion de vengarse con mas comodidad , y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres , sin que nadie supiese decir donde se habia ido , y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida , si no la pudiese pasar con Cardenio , y que así como lo supo , escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros , vino al lugar donde estaba , á la qual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí , habia de haber mas guarda en el monasterio : y así aguardando un dia á que la portería estuviese abierta , dexó á los dos á la guarda de la puerta , y él con otro habian entrado

en el monasterio buscando á Luscinda , la qual halláron en el claustro hablando con una monja , y arrebatándola , sin darle lugar á otra cosa , se habian venido con ella á un Lugar donde se acomodáron de aquello que hubiéron menester para traella : todo lo qual habian podido hacer bien á su salvo , por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo , que así como Luscinda se vió en su poder , perdió fodos los sentidos , y que despues de vuelta en sí , no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar , sin hablar palabra alguna : y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta , que para él era haber llegado al cielo , donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.